

Factores para el buen gobierno

Alfonso Gómez Gómez*

No son pocas las oportunidades para examinar los factores del buen gobierno. Los mayores obstáculos son tres: La corrupción creciente en el manejo de los bienes del Estado, el aumento desordenado de la población, y el deterioro del medio ambiente que inutiliza zonas enteras por merma de sus recursos y de su deseable calidad.

La corrupción

Conducta de funcionarios de diversas categorías alarma por su abierta violación de normaciones existentes, o por lenidad en sus controles, cuando existen. La justicia tardía es razón de hondas cavilaciones, porque equivale a inexistencia de su esperada aplicación. Angustia la facilidad como muchos colombianos de ahora asumen formas desviadas en su comportamiento representativo del Estado. La politización de los ya creados organismos de control ha determinado las llamadas veedurías ciudadanas, que son probablemente aplicables en pocos lugares, por la indefensión contra amenazas en que se sitúan las personas que lo intentan. Son visibles doquier las obras incompletas, la mala calidad de materiales empleados, que son producto de mala planeación de las obras, adjudicaciones caprichosas, todo favorecido con impunidad por la lentitud de la acción superior en entidades diputadas por la ley para dar correctivos mediante sanciones. La desesperanza popular delante de esta doliente página es ampliamente conocida, pero aún no se advierte la necesaria y deseada reacción electoral cuando de escogencia de funcionarios se trata. Se requiere legislación más expedita y fácilmente aplicable para velar por la recta aplicación de los recursos públicos, destinados para el servicio del pueblo irredento. Se abandonó el principio tutelar de que las inversiones públicas han de inspirarse en producir mejoramiento en las zonas y personas más pobres de la sociedad. Constituye una grave dificultad para gobernar bien esta racha preocupante de corrupción.



Incontrolado crecimiento poblacional

El segundo gran obstáculo para gobernar bien es el llamado “reloj demográfico”, que es el crecimiento incontrolado de la población, más visible en las zonas atrasadas del mundo. Este fenómeno da imprecisión a las estadísticas cuando se usan para ordenar los gastos del Estado, y determina que los valores que se apropian en los presupuestos sean insuficientes para costear el servicio público. Pero principalmente tal crecimiento es una concreta amenaza para el planeta tierra, porque es razón del empobrecimiento general, con las repercusiones sociales evidentes de que siendo la pobreza motivo de inconformidad, la unión de los inconformes es altamente explosiva. Históricamente la primera fase de la humanidad dio vida a recolectores y cazadores, luego se pasó a la sociedad agraria, y después de varias generaciones apareció la sociedad industrial surgida en Inglaterra, que hasta hoy tiene vigencia de unos 250 años. El norte del mundo mejoró mucho con tal revolución industrial, porque hay una interrelación entre población, medio ambiente, economía y demografía.

Existe ya bien calculada la esperanza de vida al nacer (E.V.N.), y sabemos que en 1700 era de veinticinco años; en 1800 de treinta; en 1850 de cuarenta; en 1900 cincuenta años; en 1940 sesenta años; y en 1980 superó los setenta y tres años. Ahora, la nueva medicina y los prodigiosos adelantos científicos nos anuncian que en el siglo que ya comenzó la E.V.N. agregará a la actual edad, veinticinco años, y es de preguntarnos cuál clase de vida estamos contribuyendo a crear para esos bebés rozagantes que hoy nos sonríen. Y uno de los factores para suscitar para ellos una vida mejor en calidad, será el control del crecimiento poblacional, de la degradación moral en el manejo del Estado, y de la contaminación que dispersamos constantemente.

La función básica de cualquier gobierno es la de ver cómo vive la gente, y el estudio de los pertinentes procesos reviste gran trascendencia. La explosión poblacional dificulta grandemente la buena gobernación de lo público. Está constituida por la alta natalidad y baja mortalidad, que es cuestión médica muy interesante.

Para ese control trabajan hoy numerosos organismos internacionales, a pesar de tercas posiciones que aún se dan, ciertamente poco acatadas. Se tiene establecido que hacia 1960 vivía en los campos el 62% de la población, en tanto que el 20% vivía en ciudades de más de cien mil habitantes. En 1990 se estableció que solo el 40% vivía en los campos, y en ciudades mayores de cien mil habitantes residía el 50% de los pobladores. De ahí proceden los cinturones de miseria, las ciudades inseguras, en medio de sociedades insolidarias y fragmentadas.

Decía el eminente colombiano Alberto Lleras que “la fecundidad salvaje de la especie nos demuestra que en muy corto tiempo los niños llegan a jóvenes en capacidad reproductiva, y muy poco nos detenemos a considerar el efecto que tiene sobre esta esfera, la tierra, aún verde, provista de nubes hermosas, de aguas y aire que llamamos vida, que se va convirtiendo en eriales, con graves consecuencias sociales...”. Es la razón para que todos los gobiernos entren en crisis; las grandes masas son propicias al desorden: Hay que alimentarlas, educarlas, vigilarlas, defenderlas de los delincuentes, buscan diariamente un mejor modo de vivir, dando codazos a los demás, cuando no puntapiés. La realidad es que los cambios sociales y sus intensos problemas se originan en la demografía. Es el tema de los marginados, los desempleados, el llamado lumpen urbano. Se puede repasar esta situación recordando cuando las ciudades llegaron a 3.000 millones de habitantes. Y bien sabemos que para fines del presente siglo, si no cambian los factores del crecimiento

poblacional actual, se llegará a 14.000 millones. El demógrafo español Tomás Jiménez de Araya, refiere que las Naciones Unidas registraron para 1961 un aumento de 230.400, personas por día, que equivale a 84 millones al año, que es igual a la población de Alemania Unida, para el mismo año. Véase, de tan escabrosos datos, la dificultad para gobernar si no moderamos el crecimiento. La presión demográfica aumenta la pobreza y se trata de un fenómeno que sube por ascensor en tanto que las recomendaciones de salubridad y ética pública lo hacen por escalera.

Ecología y vida

El tercer elemento de estudio para enfocar adecuadamente la buena gobernabilidad, es la depredación de la naturaleza, relacionada con el punto anterior, dado que es obra del hombre. Por ecología se entiende “la ciencia de relación entre población y medio ambiente”, que ha sido alterada por la población humana en ejercicio de su hegemonía. Por eso hoy afirmamos que el planeta tierra está amenazado. De ahí que se plantea como reto inmediato y futuro contrarrestar la destrucción de la naturaleza, que, la UNESCO declaró patrimonio común de la humanidad. La necesidad de protegerla es tarea común de toda la humanidad. De ello se ocupan los biólogos, economistas, urbanistas, ecólogos, historiadores, desde un siglo atrás. Urge que reconozcamos que este planeta es el único donde es dable la existencia humana.

Los organismos internacionales y los autores enumeran siete grandes problemas al respecto: El primero, el deterioro de la capa de ozono, evidenciado desde 1985, que debilita la protección de la tierra y facilita las irradiaciones de rayos ultravioleta de origen solar. Segundo, la destrucción de la amazonía y de los bosques húmedos tropicales, que hoy son la principal fábrica de oxígeno del planeta, esenciales

para los millones de especies animales y vegetales que allí conviven. La destrucción por quema de tales bosques producirá cambios climáticos nocivos a los seres humanos. Tercero, la deforestación en la zona templada, que produce el fenómeno de la lluvia ácida, producto de la empresa química cuando lesiona la naturaleza. Las emisiones de variados gases provenientes de combustiones, alteran la composición del aire y producen agentes nocivos, tales los ácidos sulfúricos que dificultan la pervivencia de la inotiofauna en las aguas y del arbolado en el suelo. Es asunto delicado, complejo, pues deriva de la sociedad industrial y motorizada que expelle los efluentes dañinos de las termoeléctricas, de los usos térmicos industriales urbanos y del parque automovilístico. Agreguemos el constante incendio forestal, la quema para limpiar terrenos, desertificadora de comarcas enteras. Cuarto, la erosión del suelo, inutilizable agrícolamente, que se produce por el agua lluvia sobre terrenos sin vegetación, dejados así por la acción humana. Quinto, la contaminación humana derivada de la civilización técnica que consume vorazmente múltiples recursos renovables. Origina alteración de ciclos naturales para el agua, el aire y el suelo. Los reciben los ríos, lagos, humedales, que con los pesticidas se deterioran constantemente; igual las aguas marinas, con efectos para la productividad agrícola. Sexto, la contaminación muy variada hoy, con efectos letales en la salud humana. La atmosférica por efecto del CO₂ forma densa capa semejante a la cubierta de un invernadero, lo cual impide el paso de rayos solares a la tierra. También la contaminación acústica, causa del llamado estrés, enfermedad moderna generalizada. El séptimo punto es la inconsciencia ambiental que viene destruyendo el habitat que nos fue dado para el desenvolvimiento de nuestra vida, nuestro progreso, y para estar en buena salud. Todos agredimos nuestra naturaleza en derroche consumista, sin

ética solidaria, sin respuesta ecológica a estos agudos problemas. Una respuesta adecuada sería invaluable refuerzo para la difícil tarea de gobernar los pueblos.

Simultáneamente con la enseñanza de elaborar presupuestos, ordenar los gastos, controlarlos, respetar los bienes de todos reunidos en el patrimonio público, la decencia de los funcionarios y su comportamiento limpio, preciso es examinar estas cuestiones relacionadas

directamente con el ejercicio de la buena gobernación de los pueblos.

Recibido, octubre 25 de 2006; aprobado, noviembre 12 de 2006.

***Alfonso Gómez Gómez**

Abogado. Docente. Vicepresidente Junta Directiva UNAB.